



“Nuestro tiempo y los broncodilatadores”

Mail del Turo, mi primo

Ricardo Teodoro Ricci

Médico Clínico. Profesor Titular (Retirado) de Antropología Médica- Facultad de Medicina. Universidad Nacional de Tucumán – ARGENTINA.

Correo electrónico de contacto: riccirt@fm.unt.edu.ar

Recibido: 19 de Mayo de 2021 – Aceptado: 24 de Mayo de 2021.

“Pero como mi estado se agravó, se decidieron a ponerme al régimen de Cottard con toda exactitud; a los tres días desaparecieron los estertores y la tos, y respiraba bien. Entonces comprendimos que Cottard, aunque me había encontrado bastante asmático, como más tarde nos dijo, y sobre todo “chiflado”, vio claramente que lo que en aquel momento predominaba en mí era una intoxicación, y que lavándome bien el hígado y los riñones me descongestionaría los bronquios y me daría respiración, sueño y fuerzas. Y comprendimos que aquel imbécil era un gran clínico”¹

Hola querido primo, te escribo este mail porque tu idea va tomando espacio en mi mente, me parece copado lo que estás intentando y me gustaría hacerte un aporte:

A las cinco de la mañana me desperté con una inquietud que inmediatamente vi como una posibilidad de construir una reflexión que pueda ser útil en tu empresa. Espero que le hagas un lugar a este mail en tu proyecto.

En medio de mi duermevela me pregunté: ¿qué pasaría si los personajes de las novelas, relatos, biografías, etc., visitaran la realidad en el contexto del lector circunstancial? Un ejemplo: Hoy estoy leyendo Moby Dick de Melville y por algún artificio fantástico se produce el acontecimiento de que el capitán Ahab (personaje principal de la novela) salga de su entorno de frenesí marítimo y visite la realidad en mis propias coordenadas espacio – temporales. Naturalmente, en la visita no perderá su identidad de marino experimentado, pero se verá obligado a permanecer en tierra firme por un tiempo, ese lugar tiene las características de mi época, esa desde la que, como lector, lo convoco.

Mi inquietud es la siguiente: ¿qué pasaría con el personaje cuando se encuentra rodeado de toda la realidad y no sólo de los rasgos que su autor destaca en él a los efectos de la novela. Para decirlo breve: ¿Qué haría el capitán Ahab aquí en este puerto seco que es Tucumán, y en pleno 2019?

Conjeturo que la realidad lo golpearía de tal modo que ansiaría regresar a la novela cuanto antes, ésta sería su tabla de salvación ante esta realidad que se le muestra infernal por lo desconocida y compleja.

Me puse a pensar a qué personaje traer y se me ocurrió convocar al gran Marcel Proust. Lo traje a mi tiempo, lo instalé en un departamento céntrico y viéndolo estupefacto le dije que podía continuar con su vida y su trabajo, estaba iniciando “Por el camino de Swann”, el primer libro de “En busca del tiempo perdido”. Para complacer la fantasía de otro fantasioso, se avino a la idea no sin antes escudriñar todo con esos ojos saltones y negros. Recordemos que Marcel viene de un cómodo apartamento cercano a los Campos Eliseos en pleno centro del París de 1912. Lo tiene todo a la mano, objetos y personas, para realizar lo que le complace y le resulta apetecible.

A los días, después de noches de penuria entre sus estertores asmáticos y el ruido permanente de los autos y colectivos de ciudad que nunca duerme, advirtió que por debajo de la puerta el portero había introducido lo que identificó como la factura de la luz y el gas. Además de las advertencias en las facturas, ya alguien le había anticipado que hay que pagarlas sin demora ya que cortan el servicio. Se paralizó, no sabía qué hacer, su trabajo avanzado estaba sobre el escritorio, sin embargo, debía postergarlo tarde o temprano para encargarse de estas cosas prácticas a las que no estaba acostumbrado. En los días sucesivos llegó la factura del agua y de la TV por cable. Decidió no pagar CCC, pero el agua la necesitaba imperiosamente, el vapor le era indispensable para poder aliviar su impertinente obstrucción bronquial. En medio del estado de confusión producido por la resaca del Hidrato de Cloral, se encaminó nuevamente al Rapipago en medio de la humareda de los colectivos lo que naturalmente consideró una escena propia del purgatorio del Dante. Extenuado regresó casa de prisa y me mandó un mensaje con el portero: ¡Vení ya!

Llegué, estaba azul, sudoroso, desorbitado, inquieto, tembloroso. Corrí a la farmacia de la vuelta y le compré un Ventolín. Lo instruí adecuadamente para la realización del proceso de inhalar el aerosol. Le resultó sorprendente pero inmediatamente lo hizo, supongo que pensó: perdido por perdido... A los diez minutos, algo recuperado, me miró con fascinación. Este milagro no se parecía en nada a los que sus médicos le habían indicado: enemas, sangrías, barbitúricos, inhalaciones de tabaco, café al por mayor. Nada le había devuelto el aire a sus pulmones como lo hizo el salbutamol. Adoró el inhalador como si fuera el mismísimo Santo Grial, no se arrodilló delante de mí (sacerdote de la broncodilatación) porque su artralgia de ambas rodillas se lo impedía.

¡Te tiene que ver el neumonólogo, mi amigo Omar puede hacerlo un día de estos! Dije como respuesta a su fascinación.

Pasé a buscarlo temprano, a las cinco de la mañana, la fila en el hospital ya llegaba hasta la media cuadra, hacía frío esa mañana. Marcel estaba muy incómodo, pero lo sostenía la esperanza. Al llegar a la ventanilla como a las ocho nos dijeron que ya no había turno. Lo llamé a Omar, gentilmente me dijo que nos esperaba en la guardia. Allí camilla va, camilla viene, pisos con sangre, olor a vómito, lampazos con lavandina, gritos, movimientos frenéticos, sectores

reservados, se complotaron para descompensar la endeble salud de Marcel. Quería salir de allí, huir. Se hizo una, dos, inhalaciones comenzó a temblar y le golpeteaba intensamente el pecho.

Lo atendieron con cortesía. Le indicaron un electrocardiograma, una radiografía de tórax, una espirometría, consulta con el ORL para descartar procesos sinusales, consulta con un alergólogo para un tratamiento a largo plazo de sus procesos alérgicos. Le explicaron que el milagroso Ventolín era para uso excepcional, para el uso cotidiano le indicaron budesonida, un corticoide de acción local. Le agregaron fexifenadina 180 mg por día y montelukast como estabilizador de las membranas celulares, finalmente le regalaron dos ampollas, una de adrenalina y otra de dexametasona para uso eventual. Omar lo llamó a Pedro en psiquiatría, donde le dieron un turno para dentro de quince días, allí se intentará tratar el componente psicossomático subyacente. Marcel lo aceptó todo a regañadientes, el Dr. Cottard (su médico) ya le había advertido en más de una oportunidad que era un Neurasténico, su propio padre médico se lo repetía desde que era un niño.

Volvimos al departamento y me fui a trabajar.

Marcel se vio mejorado de su agitación y con una veintena de órdenes y pedidos de estudios médicos en la mano. Al pedir los correspondientes turnos, sumamos 17 días de visitas al hospital. Todavía había que ir a la escribanía para firmar el contrato del departamento, retirar dinero en efectivo del BBVA y no olvidarse de llevar la basura al contenedor. Luego hablar a Los Leños para encargar la comida del mediodía y visitar el Super para algunas compras de rutina. Marcel miró los papeles, hizo de nuevo el recorrido mental de las tareas inmediatas, imaginó sus próximos días de calvario y miró hacia el escritorio. No había escrito una letra en los últimos veinte días. La señora de Swann, Cambray, Albertine y la Magdalena habían entrado en una modorra aparentemente irreversible. Recordó aquellas propias palabras que no me atrevo a traducir para no ajar su belleza: *“Les vrais paradis sont les paradis qu’on a perdus”*

Su portero llegó a mi oficina con una notita escrita por una mano temblorosa y elegante: “Libérame”. Lo entendí inmediatamente y deshice mi aventurada convocatoria onírica.

Un tiempo después me enteré que: *“A pesar de todo el trauma a la que su frágil cuerpo y su atormentada alma han sido sometidos durante los diez años que dura la escritura de la Recherche, su talento literario permanece intacto y transforma la experiencia literaria en un consuelo y una felicidad que más que alternativa es real.”*²

Hallé la respuesta a mi conjetura: naturalmente cada quien pertenece a su tiempo, las vidas son propias y dependen de factores concurrentes originales y singulares. Las vidas no pueden ser sacadas del espacio y el tiempo porque son eso, espacio y tiempo. Sólo en las encrucijadas en donde la divina voluntad las ha colocado las vidas surge la maravilla:

“La realidad que yo conocí ya no existía. Bastaba con que la señora de Swann no llegara exactamente igual que antes, y en el mismo momento que entonces, para que la Avenida fuera otra cosa. Los sitios que hemos conocido no pertenecen tampoco a ese mundo del espacio donde los situamos para mayor facilidad. Y no eran más que una delgada capa, entre otras muchas, de las



impresiones que formaban nuestra vida de entonces; el recordar una determinada imagen no es sino echar de menos un determinado instante, y las casas, los caminos, los paseos, desgraciadamente, son tan fugitivos como los años.”³

Referencias bibliográficas

- 1- Proust M. “A la sombra de las muchachas en flor”. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- 2- Quadrelli S. “El Asma de Proust” Revista Americana de Medicina Respiratoria Vol 13 N° 4 - Diciembre 2013.
- 3- Proust M. Por el camino de Swann. Madrid: Alianza Editorial, 1998.